



prestadas al efecto las joyas y otros adornos á las señoras de aquella tierra, y devolviéndose-las luego con espléndidos regalos. Por esta conducta complaciente y atractiva, igualmente que por sus elevadas cualidades, logró doña Isabel ganar tal ascendiente sobre sus turbulentos súbditos, cual ningún otro rey de España consiguiera.

Hablaba el castellano con mucha elegancia y corrección, y era fácil y afuente su conversacion, la cual, aunque de carácter serio por lo general, iba á las veces sazonada con graciosas agudezas, algunas de las cuales han llegado á ser proverbios. Moderada y sóbria, pocas ó ninguna vez probaba el vino, y tan frugal era en su mesa, que el gasto diario que para su persona y familia se hacia no pasaba de la arreglada suma de cuarenta ducados. Su vestir era igualmente sencillo y económico, y aunque en las ocasiones de ceremonias públicas desplegaba una magnificencia verdaderamente régia, no gustaba del lujo en su vida privada, y regalaba generosamente sus vestidos y sus joyas á sus amigas. De carácter naturalmente tranquilo, aunque alegre, eran muy poco de su agrado las frívolas diversiones que entran por tanto en la vida cortesana, y si autorizaba y promovía la presencia de cantores y músicos en su palacio, lo hacia tan sólo para apartar á sus jóvenes nobles de los más bajos y ménos cultos placeres á que se hallaban entregados.

Entre sus cualidades morales era quizás la más notable su magnanimidad: nada habia de mezquindad ó egoismo en sus acciones ni pensamientos; sus planes eran vastos, y á su ejecucion presidia el mismo noble espíritu con que se concibieran. Nunca empleó agentes dudosos ni medios torcidos; su política fué siempre franca y manifiesta, y nunca se prevaleió de las ventajas que la perfidia ajena la ofreciera. Cuando una vez habia concedido su confianza, dispensaba con la mejor voluntad todo su apoyo, y cumplia siempre cuantas promesas habia hecho á todos los que se comprometian en su servicio, por impopulares que fueran. Sostuvo á Cisneros en todas sus impolíticas pero saludables reformas; secundó á Colon en la prosecucion de su arriesgada empresa, y le escudó contra las

calumnias de sus enemigos; y los mismos servicios prestó á su favorito Gonzalo de Córdoba. Con razon, como lo probó el suceso, lloraron amargamente los dos últimos el dia de su muerte, como el postrero de su feliz prosperidad. El artificio y la doblez eran tan opuestos á su carácter, y tan ajenos á su política y administracion interiores, que cuando se encuentran en las relaciones extranjerías de España, de cierto puede decirse que no era ella la culpable, porque era incapaz de abrigar la menor desconfianza ni oculta malicia, y aunque severa en la aplicacion y ejecucion de la justicia pública, concedia siempre el más generoso olvido, y aún se adelantó algunas veces á llamar á los que personalmente la habian injuriado.

Pero lo que daba un colorido especial á todos los rasgos del espíritu de doña Isabel, era su piedad, que brotando del fondo de su alma con celestial brillantez, iluminaba todo su carácter. Felizmente habia pasado sus primeros años en la dura escuela del infortunio, á la vista de su madre, que habia inculcado en su espíritu grave y reflexivo unos principios religiosos tan sólidos, que nada pudo en adelante quebrantarlos; y así fué que, aunque en edad temprana, en la flor de su juventud y belleza, fué elevada á la corte de su hermano, sus atractivos, sin embargo, que tan propios eran para deslumbrar las imaginaciones juveniles, nada pudieron sobre ella, porque se hallaba rodeada de una atmósfera moral de pureza,

Que hacia se apartase de su lado
Hasta la sombra misma del pecado.

Fué tal, en conclusion, el decoro que entónces, como siempre, la distinguió, que á pesar de hallarse rodeada de falsos amigos y de enemigos descubiertos, ni la menor mancha recayó sobre su justo nombre en aquella corrompida y calumniosa corte.

Las devociones particulares y los ejercicios públicos de religion consumian una gran parte del tiempo de la Reina Católica; invirtió grandes sumas en útiles obras piadosas, y dedicó especialmente muchas de ellas á la construccion de iglesias y hospitales, y á la dotacion de utilidad más dudosa, de conventos y monasterios.



Su piedad se reflejaba vivamente en aquella sencilla humildad, que aunque realmente constituye la esencia de nuestra religion, es tan rara generalmente, y más rara todavía en aquellas personas que, por su poder superior y su encumbrado puesto, parece que se elevan sobre el nivel del comun de los mortales; y es prueba evidente de lo que decimos, la correspondencia de la reina con Talavera, en la cual, su carácter dulce y apacible forma extraño contraste con la puritana intolerancia de su confesor. Talavera, sin embargo, como hemos visto, era de corazón benévolo y sincero; pero desgraciadamente, la conciencia de doña Isabel, estuvo algunas veces encomendada á sujetos de muy diferente índole, y aquella misma humildad que, como repetidas veces hemos tenido ocasion de manifestar, la hacia deferir con tanto respeto á sus consejeros espirituales, la condujo, guiada por el fanático Torquemada, que fuera su confesor en sus años juveniles, á aquellas profundas mancillas que en su reinado se encuentran: el establecimiento de la Inquisicion y el destierro de los judíos.

Pero aunque estos sean grandes borrones en su administracion, no deben ser considerados como tales para su carácter moral. Difícil sería, en efecto, condenarla, sin condenar á su siglo, porque aquellos mismos actos se encuentran, no ya excusados, sino ensalzados por sus contemporáneos, como los títulos que mayor derecho la daban á su eterno renombre y á la gratitud de la nacion española. Era causa de todo esto el principio manifestamente adoptado por la corte romana, de que el celo por la pureza de la fe podia excusar cualesquiera crímenes; y esta máxima inmoral, trayendo su origen de la cabeza misma de la Iglesia, se fué repitiendo bajo mil formas diferentes por el clero su subordinado, y el supersticioso pueblo la acogió con ansiedad. No debia, por lo tanto, esperarse que una mujer sola, llena de natural desconfianza de su capacidad en materias semejantes, se presentara en pugna abierta con los venerados consejeros á quienes se la habia enseñado á respetar como los guías más seguros y mejores de su conciencia.

Por dudosos que hayan sido los efectos que

la Inquisicion haya podido producir en España, el principio que para su establecimiento se siguió, no fué peor que el de otras muchas medidas que han pasado sin sufrir tan fuertes censuras, y que se han adoptado en tiempos posteriores y más civilizados. ¿Estuvo, por ventura, abandonado, durante todo el siglo XVI y la mayor parte del XVII, el principio de la persecucion por el partido dominante, ya fuese éste el católico, ya fuese el reformista? ¿Habia quien defendiera el de la tolerancia, como no fuera el más débil? Verdad es que el imperio de una mala costumbre no forma su apología, para servirme de las palabras mismas de doña Isabel en su carta al arzobispo Talavera; pero debe servir para mitigar la severidad de nuestra censura contra aquella reina que no incurrió en un error mayor, en medio de la imperfecta ilustracion del tiempo en que vivió, que el que fué comun á los más grandes talentos, á los genios mismos de un siglo posterior y más ilustrado.

Las acciones de doña Isabel se regian siempre por principios; y cualesquiera que sean los errores de entendimiento que puedan imputársele, es lo cierto que en todas ocasiones procuró con vivo afán el fiel y exacto cumplimiento de sus deberes. Imparcial en la administracion de justicia, no habia medio capaz de hacerla que detuviese su accion: ningún motivo, ni aún el amor conyugal, pudo inducirle á que hiciese un nombramiento inconveniente para los cargos públicos: ningún respeto á los ministros de la religion fué bastante para hacer que aprobase la mala conducta que aquellos observaran; y ni aún la deferencia que siempre guardó á la cabeza visible de la Iglesia la permitió tolerar sus usurpaciones con mengua de las prerogativas de la corona. Parecia que se consideraba especialmente obligada á conservar íntegros los derechos y privilegios particulares de Castilla, despues de la union de este reino con el de Aragon; y aunque «mientras su voluntad fué ley,» dice Pedro Mártir, «gobernó de tal manera, que parecia ser una sola la de Fernando y la suya,» tuvo, sin embargo, especial cuidado en no poner jamás en manos de aquél el ejercicio de todas



aquellas prerogativas que la correspondían como reina propietaria de Castilla.

Las medidas adoptadas por doña Isabel llevaron siempre el sello de aquel buen juicio práctico, sin el cual los más brillantes talentos pueden ocasionar más desgracias que beneficios á la humanidad. Aunque empeñada en reformas durante su vida entera, no tuvo ninguno de aquellos defectos que tan comunes son en los reformadores: sus proyectos, aunque vastos, nunca fueron visionarios; y la mejor prueba de ello es que vió realizados ántes de su muerte la mayor parte de ellos.

Su viva imaginación acertaba á descubrir desde luego los objetos de utilidad verdadera; y así fué que, comprendiendo desde el primer momento la importancia del arte de la imprenta, recién descubierto, le patronizó generosamente desde el instante mismo en que se anunció. Sin ninguna de aquellas preocupaciones de exclusivismo local, que tan comunes son en sus compatriotas, hizo venir al talento á sus dominios por medio de liberales recompensas, desde los puntos más distantes: trajo del extranjero artesanos para las fábricas nacionales, é ingenieros y oficiales para la disciplina y adelanto de su ejército, y á fin de infundir en sus marciales súbditos aficiones más cultas, hizo también venir á España eruditos extranjeros. En todas sus medidas de un orden inferior, consultaba siempre á lo útil; y así, por ejemplo, en sus leyes suntuarias, se propuso desarraigar las fastuosas extravagancias en los trajes, y la ruinosa ostentación á que tan dados eran los castellanos en sus bodas y funerales. La misma perspicacia, finalmente, manifestó en la elección de sus agentes, porque conocía muy bien que las mejores disposiciones se convierten en malas, confiadas á manos incapaces.

Pero aunque la conveniente elección de sus agentes fué una causa manifiesta de los resultados obtenidos por doña Isabel, fué otra, más importante todavía, su propia vigilancia é infatigables esfuerzos. Durante la turbulenta ocupación de los primeros años de su reinado, fué increíble su actividad: á caballo casi siempre, porque de este modo hacia todos sus viajes, caminaba con una rapidez que la permitía

estar siempre presente allí donde era necesaria su presencia; ni el mal tiempo, ni el mal estado de su salud, la intimidaron jamás; y estas incesantes fatigas contribuyeron mucho, indudablemente, á debilitar su excelente constitución.

Igualmente infatigable era en sus trabajos mentales. Después de su asidua atención á los negocios durante el día, veíasele frecuentemente por la noche despachando con sus secretarios; y en medio de estos cuidados apremiantes, supo hallar tiempo para reparar los defectos de su primera educación, aprendiendo el latín, hasta el punto de entenderlo sin dificultad por escrito y de palabra, y aun hasta el de llegar á adquirir en este idioma ciertos conocimientos críticos, según nos afirma un juez muy competente. Como tenía muy poca afición á los placeres frívolos, procuraba descansar de sus más graves cuidados, dedicándose á alguna ocupación útil propia de su sexo: las preciosas prendas de bordado, trabajadas por sus bellas manos, con que enriqueció á las iglesias, dan ámplio testimonio de su habilidad en este ramo; y cuidó, por último, de instruir también á sus hijas en esta parte más humilde de los deberes domésticos, porque creía que nada debía dejarse de aprender, de cuanto pudiera ser útil.

Con todas estas altas prendas, sin embargo, no hubiera podido doña Isabel llevar á cabo sus vastos proyectos, si no hubiera poseído en sumo grado una fortaleza de espíritu rara en uno y otro sexo: no el valor que consiste en el desprecio de los peligros personales, aunque de éste estuvo dotada en más abundancia que muchos hombres; no, tampoco, el que sostiene al hombre en medio de los más agudos dolores corporales, aunque dió también ámplio testimonio de poseer éste, sufriendo sin exhalar un suspiro los mayores padecimientos propios de su sexo, sino aquel valor moral que sostiene al espíritu en las tristes horas de la adversidad, y que sacando de sí propio luz y claridad para disipar las tinieblas de la tristeza, comunica su saludable influencia á todo cuanto le rodea. Dió la reina Católica notables pruebas de que le poseía en la época turbulenta de su advenimiento al



trono, así como también durante todo el tiempo que duró la guerra contra los moros; su voz fué la que decidió á no abandonar jamás á Alhama; sus instancias fueron las que obligaron al rey y á los nobles á volver al campo de batalla, después de una campaña sin resultado alguno. A medida que los peligros y los obstáculos se aumentaban, aumentábanse también sus recursos para combatirlos; y cuando sus soldados desfallecían bajo las penalidades de un sitio prolongado, aparecíase doña Isabel en medio de ellos, montada en su caballo de batalla, cubiertos sus delicados miembros con la acerada malla; y recorriendo sus filas, su aspecto de marcial intrepidez infundía nuevo aliento en sus corazones. A sus esfuerzos personales, ciertamente, así como á sus consejos, se debieron principalmente los resultados de aquella gloriosa guerra, y el testimonio irrecusable de Navagiero, que recorrió la España pocos años después, manifiesta que la nación así lo veía también. «La reina doña Isabel, dice este embajador, por su genio singular, por su varonil fortaleza y por otras virtudes que la adornaban, muy raras en nuestro sexo, y más todavía en el suyo, no sólo fué gran parte, sino el todo, puede decirse, de la conquista de Granada. Era ciertamente, una señora muy extraordinaria y virtuosa, y los españoles hablan más de ella que del rey, por más prudente que éste fuera, y extraordinario para su tiempo.»

Felizmente, estas cualidades no extinguieron en doña Isabel las más apacibles que constituyen el encanto de su sexo; pues su corazón rebosaba afectuosa sensibilidad hacia su familia y amigos. Veló por los últimos años de su anciana madre, y la cuidó en sus tristes enfermedades con todo el delicado esmero de la ternura filial: hemos ya visto pruebas abundantes de cuán apasionada y fielmente amó á su esposo hasta el último instante de su vida, por más que su amor no se viera siempre con igual fidelidad correspondido: vivió para sus hijos más que para sí misma; y por ellos, en fin, murió, porque su pérdida y las aficciones que ésta le causara fueron, que no la edad, los motivos de su muerte. Su elevado puesto no la privó de los placeres de la amistad; olvidaba con sus ami-

gos las distinciones de su clase; tomaba parte en sus alegrías; los visitaba y consolaba en sus tristezas y enfermedades, y aceptó en más de una ocasión el cargo de ejecutora testamentaria de sus últimas voluntades. Su corazón, ciertamente, se hallaba lleno de amor á la humanidad: en medio de lo más recio de la guerra, ideaba medios de mitigar sus horrores: dicen que fué la primera que introdujo la benéfica institución de los hospitales de campaña, y ya hemos visto más de una vez su viva solicitud en evitar la efusión de sangre, aun la de sus mismos enemigos. Pero es inútil multiplicar ejemplos de estos rasgos brillantes, aunque muy comunes, de su carácter.

En estas más apacibles cualidades de su sexo es en las que más se deja ver la superioridad de doña Isabel sobre la ilustre reina del mismo nombre, Isabel de Inglaterra, cuya historia presenta algunos puntos de contacto con la de aquélla. Ambas se educaron en sus primeros años en la dura escuela de la adversidad, ambas sufrieron las mayores humillaciones por parte de aquellos mismos sus más próximos parientes, que más debieran haberlas amado y protegido: ambas consiguieron sentarse sobre el trono, después de las vicisitudes más contrarias: ambas condujeron á su pueblo, durante un largo y glorioso reinado, á un grado de prosperidad á que nunca había llegado ántes: ambas vivieron para ver la vanidad de las grandezas terrenales, y para morir víctimas de una tristeza inconsolable: una y otra, por último, dejaron un nombre ilustre, que no ha tenido igual en la historia posterior de sus respectivas naciones.

Desaparece, sin embargo, la semejanza entre ambas, fuera de estas pocas circunstancias de su historia, y sus caracteres apenas presentan punto alguno de contacto. Isabel de Inglaterra, heredando una gran parte del genio orgulloso y brusco de su padre Enrique VIII, era altiva, arrogante, adusta é irascible, y á estas fieras cualidades reunía el disimulo más profundo y una extraña irresolución: y doña Isabel de Castilla, por el contrario, templaba la dignidad de su elevada categoría con sus maneras más afables y corteses: una vez resuelta,



era constante en sus propósitos, y su conducta pública y privada llevaba el sello del candor y la honradez. Una y otra puede decirse que dieron muestras de aquella magnanimidad que es necesaria para la realización de grandes cosas á despecho de los mayores obstáculos; pero la reina de Inglaterra era en extremo egoísta, incapaz de olvidar, no ya una injuria verdadera, sino aún la más ligera ofensa á su vanidad, y despiadada en el castigo; al paso que la soberana de Castilla vivía sólo para los demás, siempre estaba pronta á sacrificarse por el bien público, y lejos de alimentar resentimientos personales, mostraba la mayor bondad hacia aquellos mismos que la habían ofendido en lo más vivo de su corazón, buscando en su benevolencia, medios de mitigar la severidad autorizada por las leyes, aún tratándose de los culpables.

Ambas poseían extraordinaria fortaleza de espíritu; porque si bien doña Isabel de Castilla se halló en situaciones que exigían con más frecuencia y en más alto grado el ejercicio de esta virtud que su rival la de Inglaterra, nadie negará que se halló también dotada de igual cualidad, y en su mayor altura, la hija de Enrique VIII. Logró ésta mejor educación, y una instrucción bajo todos aspectos más elevada que aquélla; pero la reina de Castilla tenía la suficiente para desempeñar con dignidad su puesto, y fomentó las letras con generosa munificencia. Las facultades y pasiones varoniles de Isabel de Inglaterra la divorciaron, al parecer, en gran manera de los atributos peculiares de su sexo, al menos de los que constituyen su encanto; porque poseyó en abundancia sus flaquezas, una presunción y un deseo de ser admirada, que ni aún los años pudieron corregir, una ligereza muy libre, si no ya criminal, y una pasión por las galas y la magnificencia excesiva en los adornos, que era ridícula ó repugnante según las diferentes épocas de su vida, en que se dejó arrastrar por ella; al paso que doña Isabel de Castilla, distinguiéndose siempre por sus maneras decorosas, y por una pureza que ni aún la calumnia pudo empañar, se contentaba con el legítimo afecto que podía inspirar dentro del círculo de su familia; y muy distante de la frívola afectación en sus adornos y trajes,

era en extremo sencillo su ordinario vestir, y parecía no prestar atención á sus joyas, sino en cuanto podían servir para las necesidades del Estado, desprendiéndose de ellas luego que esta utilidad cesaba, para ofrecerlas como hemos visto, á sus amigas.

Ambas fueron extraordinariamente acertadas en la elección de sus ministros, aunque la de Inglaterra incurrió en algunos errores por causa de su ligereza, así como la de Castilla por sus sentimientos religiosos, los cuales, juntamente con su extremada humildad, fueron los que condujeron á esta última á los únicos desaciertos graves de su gobierno. No incurrió su rival en errores semejantes, y eran extrañas á su carácter las apreciables cualidades que á ellos conducen: para nada entraba, ciertamente, en su conducta el principio religioso; y aunque fué el baluarte de la religión protestante, difícil sería, en verdad, decir si era en su corazón más protestante que católica: miraba la religión en sus relaciones con el Estado, ó, en otras palabras, consigo misma; y adoptó medidas para obligar á la conformidad con sus planes, casi tan despóticas y sanguinarias como las que por motivos de conciencia dictara su más supersticiosa rival.

Este rasgo de superstición que ha arrojado cierta sombra sobre el carácter, por lo demás bellissimo, de doña Isabel de Castilla, podría inducirnos á creer que eran sus facultades intelectuales inferiores á las de la reina inglesa; pero para juzgar de esto con acierto, es menester considerar los resultados de sus reinados respectivos. Isabel de Inglaterra encontró á mano todo cuanto necesitaba para hacer la felicidad de su pueblo, y no tuvo, por lo tanto, que hacer más que aprovecharse hábilmente de ello para construir con solidez el edificio de la grandeza nacional. Doña Isabel de Castilla tuvo que crear estos medios: halló las facultades de su pueblo sumidas en mortal letargo, y supo infundir en ellas el soplo de la vida, para excitarlas á aquellas grandes y heroicas empresas que tan gloriosas consecuencias produjeron para la monarquía; y estas consecuencias, cuando se consideran desde el punto de vista de la posición que su creadora ocupaba al prin-



cipio de su reinado, son casi milagrosas, tal es su magnitud.

El genio varonil de la reina inglesa aparece más relevante de lo que naturalmente era, por lo mismo que carecía de las dulces cualidades de su sexo; el de su rival, por el contrario, á manera de una fábrica grande, pero simétrica, pierde en apariencia algo de su verdadera grandeza, por la misma perfección de armonía de sus proporciones.

Las circunstancias de la muerte de una y otra, que fueron algún tanto parecidas, pusieron de manifiesto la semejanza de sus caracteres. Ambas sucumbieron en medio de la pompa de su regio estado; ambas fueron víctimas de un abatimiento incurable, más bien que de enfermedad alguna física conocida. Nació aquélla en la reina de Inglaterra de la herida que en su vanidad causara el triste convencimiento de que la había ya abandonado la admiración con que durante tan largo tiempo se alimentara, y hasta el afecto de la amistad y la adhesión de sus súbditos, y no buscó consuelos donde únicamente podía hallarlos en aquellos tristes momentos. La reina de Castilla, por el contrario, se doblegó bajo el peso de su exquisita sensibilidad por los padecimientos ajenos; pero en medio de la tristeza que le aquejaba, contemplaba con la confianza de la fe la brillante perspectiva que una vida futura la ofrecía, y lanzó su último aliento en medio del llanto y del universal lamento de sus pueblos.

En esta adhesión constante y nunca disminuida de la nación española, es donde debe encontrarse el testimonio más evidente de las virtudes de doña Isabel de Castilla. En el estado subsiguiente de las cosas en España, hallaron

general aplauso y se perpetuaron algunas de las medidas más desacertadas de su gobierno, al paso que las más saludables se olvidaron, lo cual podría llevarnos á formar un juicio inexacto de su verdadero mérito: pero para formar idea exacta del justo valor de éste, debemos escuchar la voz de sus contemporáneos, testigos presenciales del estado en que halló su reino á su advenimiento al trono y del en que le dejó, y verémos entonces, que no hubo más que una sola opinión acerca de ella, así en los naturales como en los extranjeros. En efecto, los escritores franceses é italianos celebran de consuno las triunfantes glorias de su reinado, y su magnanimidad, su prudencia y la pureza de su carácter: sus súbditos la ensalzan como «el ejemplo más brillante de todas las virtudes,» y lloran el día de su muerte como «el último de la prosperidad y felicidad de su patria;» y los que estuvieron más cerca de su persona no cesan de admirar aquellas amables prendas, cuyo poder sólo se revela por completo en la franca intimidad de la vida doméstica. El juicio de la posteridad ha venido á confirmar el de los contemporáneos, y los españoles más ilustrados de nuestros días, que aunque no desconocen los errores de su administración son más capaces de apreciar su mérito que los de otras épocas menos cultas, dan honroso testimonio de sus virtudes; y mientras que dan al olvido la elogiada grandeza de otros reyes posteriores, que atraen la atención del vulgo, se extienden en hablar, llenos de entusiasmo, del carácter de doña Isabel la Católica, reina de Castilla, considerándola como el más grande que en la historia de todos los príncipes de este reino se presenta.